

Un político destacado, que se opone firmemente a los planes de asistencia pública para combatir esta depresión, ha dicho: "Creo que sería mejor que sufriéramos un poco más ahora y mantuviéramos la política al margen de la ayuda, en lugar de dejar que la política intervenga y suframos mucho más en el futuro". No hace falta decir que el sufrimiento al que se refiere no lo padecerá él, un hombre acaudalado, alejado del contacto directo con el sufrimiento de los demás.

Esta depresión pone de manifiesto lo que los trabajadores sociales sabemos desde hace tiempo: que el antiguo sistema para atender a los pobres en este país es cruelmente duro e inadecuado, y que toda la carga no puede ni debe recaer sobre las instituciones benéficas privadas de la comunidad local. Algunas comunidades tienen que soportar una carga desproporcionada. En muchas ciudades con una sola industria, casi toda la población está desempleada. Si se depende de la ayuda local y privada, a estas personas no les espera más que la inanición.

Abordo estos problemas desde mi experiencia de años de trabajo en el ámbito de la infancia. Para mí, los salarios más altos y las jornadas laborales más cortas para los papás son, en esencia, medidas de bienestar infantil porque contribuyen a una mayor seguridad y felicidad en el hogar. Los niños, debemos recordar, necesitan seguridad. Pero se supone que esta mañana debo hablarles sobre el desafío que representa el bienestar infantil. Supongo que cuando nace un niño, siempre es un desafío para sus padres y un desafío que debe considerarse con mucha seriedad en muchos momentos de su vida.

Me han dicho que un padre inglés espera que su hijo siga sus pasos. Creo que un padre estadounidense espera que su hijo llegue más lejos de lo que él ha llegado y traza sus planes con ese objetivo. La madre estadounidense espera lo mismo para su hijo, por muy leal que sea a lo que su esposo ha hecho o a lo que ella misma ha tratado de hacer. Se supone que cada generación debe ir más allá que la anterior. Nuestra esperanza siempre ha sido que la América del futuro sea una América muy diferente de la América del presente. Se necesitan todo tipo de iniciativas, tanto públicas como privadas, si queremos estar a la altura del desafío que representan los niños estadounidenses.

El reto que se nos presenta es estar a la altura del conocimiento y la oportunidad que se nos ha brindado, de poner en práctica lo que ahora sabemos que se puede hacer por los niños en materia de prevención de enfermedades, delincuencia y dependencia.

Eso implica una gran tarea, pues nuestro conocimiento trasciende en gran medida nuestro desempeño. Se nos pregunta si estaremos a la altura del mensaje que hemos venido

predicando sobre lo que constituye una alimentación adecuada para los niños. Será muy difícil estar siempre a la altura, y tal vez fracasemos en ocasiones, pero entonces debemos, con honestidad, admitir nuestro fracaso.

El reto que plantean los niños es siempre un reto de una inmediatez muy particular. La gente suele creer que soy impaciente, pero la impaciencia es necesaria cuando se trata de niños. He afirmado una y otra vez que el único momento en que podemos salvar a los bebés que van a morir este año es este mismo año. Si esperamos hasta el año que viene, ya estarán muertos. El único momento en que podemos cuidar a los niños en cualquier etapa concreta de su vida es ahora. Si un niño en edad escolar no recibe lo que necesita, sufrirá de manera permanente las consecuencias de esa carencia. Si pospones la ayuda hasta un momento más conveniente, la pospones indefinidamente en lo que respecta a ese niño, y el resultado será un daño permanente en el desarrollo físico y en la vida mental del niño debido al período de desatención.

Tú y yo podemos prescindir de muchas cosas y probablemente estaríamos mejor así. Pero en el caso de los niños, esto no es así. Sin embargo, una y otra vez surge la sensación de que estos servicios para los niños pueden recortarse. Recuerdo que hace apenas diez años, cuando nuestra conferencia, convocada por el presidente Harding, se reunía en Washington. En ese momento también estábamos en medio de una depresión industrial. Me sentía muy triste porque, en casi todos los lugares a los que iba, las agencias dedicadas a los niños se veían amenazadas con recortes presupuestarios. Recuerdo haberle dicho a uno de los distinguidos visitantes extranjeros que era un año difícil para nosotros y que probablemente se recortaría el trabajo con los niños. Me recibieron con tanto asombro ante el hecho de que, en medio de tanta riqueza como la que tenían los Estados Unidos, yo pudiera hablar así, que nunca más me atreví a mencionar el tema ante extranjeros. Sé, y ustedes saben, que somos un pueblo tremendamente rico, lleno de vigor y entusiasmo por lo que nos depara el futuro, y convencidos de que este está en manos de los niños de hoy. Lo que hagamos por ellos determinará no solo el futuro de Estados Unidos, sino, en gran medida, el futuro del mundo.